

Las Tablas de Pedro

Esa mañana, Pedro salió muy confundido de su casa. Sus ocho años escondidos debajo de un espeso flequillo rubio no lograban comprender el enojo de su madre ante la dificultad que Pedro tenía para aprender las tablas. *¡No son aproximadas!* le había gritado exasperada, y él lo sabía, pero la realidad era que no se acordaba, entonces inventaba números parecidos que nunca coincidían.

Tan confundido estaba que equivocó el camino a la escuela. Tomó el sendero del costado, parecido al principal pero más angosto. Iba cabeza gacha, mirando el suelo y los cordones desatados de sus zapatos. Las tablas no eran su único problema, también le ocurría a Pedro que hacer moños enredaba sus dedos entre esas tiras largas que, solas, se soltaban. Nunca lograba tenerlos apretados y eso que le habían enseñado varias veces. De tanto arrastrarlos se habían convertido en hilachas llenas de tierra, por lo que ya no eran negros, sino marrones.

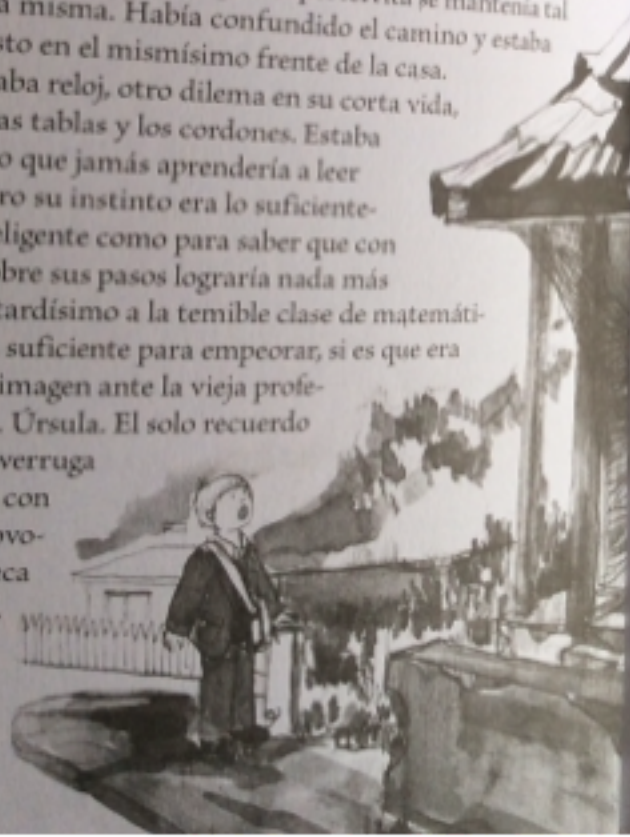
En sus cavilaciones, Pedro no se percató que caminaba rumbo a la casa abandonada, lugar prohibido para los ni-



ños. Todos los papás y abuelos contaban a sus niños la historia del incendio. Diciéndoles también que había muchos misterios encerrados allí dentro. Los niños se fascinaban escuchándola y encontraban en esos misterios su mayor atractivo.

Levantó la cabeza para calcular cuánto recorrido faltaba, miró para atrás y para adelante y de nuevo para atrás. Quiso creer que lo que veía no era real y para ello abrió y cerraba sus ojos queriendo barrer cada vez lo que había visto anteriormente, pero la imagen impertérrita se mantenía tal cual, era la misma. Había confundido el camino y estaba parado justo en el mismísimo frente de la casa.

No llevaba reloj, otro dilema en su corta vida, así como las tablas y los cordones. Estaba convencido que jamás aprendería a leer la hora, pero su instinto era lo suficientemente inteligente como para saber que con regresar sobre sus pasos lograría nada más que llegar tardísimo a la temible clase de matemáticas. Razón suficiente para empeorar, si es que era posible, su imagen ante la vieja profesora, la Sra. Úrsula. El solo recuerdo de ella y la verruga en su nariz con pelos, le provocó una mueca de disgusto.



Parado frente a la puerta, la tentación de acercarse fue más grande que su propio tamaño y él se convencía diciéndose que si solamente investigaba un poco por fuera, nadie podría enojarse. Subió los peldaños que separaban la entrada de la calle; probó la puerta, no cedió.

A nadie podría importarle que me acerque un poco al vidrio de la ventana, al pensamiento le siguió un dedito que escribía «susio» en el rincón que alcanzó su corta estatura. Con precavidos pasos siguió caminando alrededor de las oscuras paredes de madera algo podridas. Una esquina, otra y ya estaba en la parte de atrás. Empujó también esta otra puerta, que se abrió apenas, chillando a ruido de bisagras sin aceite. Poco le duró la sorpresa porque empujó con más fuerza y entró.

Estaba en lo que había sido la cocina. Lo supo al acercarse a un fogón abandonado. Apenas iluminada por un poco de sol que entraba por las rendijas de las paredes. Pedro encontró que estas cintas de luz eran rayos láser que podrían ayudarle a ver en la oscuridad. Se veían espesos atravesando la atmósfera de polvo pero, aún así, no se dejaron agarrar y el expedicionario tuvo que resignarse a dejarlos allí donde estaban. *Buscaré en el armario, se dijo viendo una alacena antigua al fondo; tenía las puertas hechas de malla de alambre un tanto agujereada. Decidido, la abrió de par en par para sacar una bayoneta pero lo único que salió fue un tremendo ratón que, sin siquiera rozarlo, lo hizo caer sentado. El co-*

razón le latía tan fuerte que parecía saltar entre sus manos que intentaban, contra su pecho, retenerlo. Dos por tres seis, o cinco, balbuceó en un intento de impresionar al bicho que lo miraba fijo pestañeando de tanto en tanto y sin ganas de fugarse. Repetir las tablas le hacía sentir que era más fuerte y capaz. Mayor, por el sólo hecho de poder recordarlas. Me llamo Pedro, declaró levantándose de un golpe y un sacudón de pantalones. Y yo, Mouse, le pareció escuchar.

—Bien Mouse, ya somos dos. Al ataque.

La próxima pieza estaba negra, no había un láser que le mostrara el camino y los pasos de Mouse silbaban en el suelo. En la oscuridad, sólo escuchaba ese sonido que le recordaba las uñas de la profesora arañando el pizarrón. Eri- zado, cruzó temblando; sólo un reflejo aparecía al final del



túnel. Era un espejo. Una teja rota dejaba filtrar el haz de luz que, chocando contra él, hacía de linterna en su contra. Encandilado, se acercó para mirarse y encontró en cambio a un hombre de espesos bigotes que llevaba una escopeta en la mano.

¡Altos, gritó el mismo esperando que la manota del individuo lo agarrara. Con los dos ojos bien cerrados repetía tres por cuatro doce, tres por cinco quince... Y no pasaba nada.

—Me llamo Pedro... y él es Mouse, sólo estamos de paseo, de visita quizás...

Los ojos saltones del hombre se inflaron como huevos, el bigote se arqueó descontento mientras que el fusil apuntaba al blanco. Pedro se agachó para esquivar la bala y al no escuchar el tiro espió con un ojo, incapaz de perderse la escena. El hombre había desaparecido del espejo por lo que se levantó y, al girar, volvió a encontrarlo... pintado en un cuadro. Siete por ocho... cincuenta y seis. No eres de verdad pero casi me convenciste, y para cerciorarse de sus pensamientos tocó la tela resquebrajada. El retrato se movía, estaba apoyado en la pared pero suelto, no era un cuadro solamente.

Acababa de descubrir una puerta secreta. No le costó mucho trabajo abrirla pero las piernas no le alcanzaban para mirar lo que sus ojos querían ver; la entrada estaba muy alta. Saltó en un intento de crecer y, con el sacudón, algo sonó en el bolsillo de sus pantalones. ¡Los fósforos! Recordó y palpó una caja diminuta que había conservado para

hacer un experimento con su amigo Manuel en el recreo largo. Con mucho trabajo prendió uno, pero antes se le quemaban los dedos que lograr ver algo. Odiaba la oscuridad más que las tablas y necesitaba una cuota extra de valentía para superarla. Mouse de un salto se apostó en el borde del hueco y lo miraba desafiante, ¿te animas? le preguntaba con un movimiento de cola. Fue mucho para Pedro quien, luego de tres intentos, logró igualar a su acompañante.

Estaban los dos adentro cuando la puerta se cerró; noche total. El miedo le apretaba el estómago con un dolor parecido a la indigestión pero, ahora, sin haber gozado antes de algún chocolate o una doble ración de postre. Otro fósforo que esta vez le alcanzó para ver lo increíblemente necesario: ... una vela. Tropezó en su intento de alcanzarla y la cajita con su carga cayó al suelo. Su desesperación ya era llanto. Valoró como nunca la presencia del ratón. No estaba solo. Este pensamiento lo animó a tantear el piso en busca de lo único que le sacaría la oscuridad de encima.

Sus manos pequeñas tropezaron con la humedad de un piso de cemento áspero. Tuvo que ser paciente; hasta Mouse parecía haber dejado de respirar. El olor a encierro se metía por la nariz, hizo un esfuerzo por no llorar. Nueve por ocho setenta y... ¡encontré dos! Tenía dos fósforos en la mano, faltaba la caja. Tanteando pudo encontrarla y raspó hasta lograr una gota de luz azulada. Muy despacio se acercó a la vela, temblaba y el pabilo no encendía. Cuando el negro comenzó a encapotarlo de nuevo un tenue amarillo creció

con movimientos tambaleantes.

Por las paredes en forma de bóveda se agrandaba su sombra y la de Mouse, enormes y encorvadas. Pedro intentó hacer algunas figuras con las manos pero se deformaban convirtiéndose en monstruos negros. Sujetando la vela buscó la puerta pero no pudo distinguirla. Su amigo estaba decidido en el camino opuesto y Pedro lo siguió



con pasos mucho más lentos que los del roedor que paseaba, dueño del lugar y la situación.

Así, como viejos conocidos, caminaron un poco hasta toparse con otra pared. El ratón se quedó pegado a ella y la sombra de la cola, aumentada por la luz de la vela, indicaban una dirección que para Pedro era desconocida. Confiado en la experiencia de su recién improvisado guía, tocó la pared que, ante su gran asombro, cedió nuevamente. No podía creer lo que estaba viviendo.

Una habitación clara a la que el aspecto de abandono del resto de la casa no había alcanzado. Las ventanas estaban limpias. Libros arrumados en pilas desiguales inundaban el lugar. No había sillas, ni mesas, ni camas.

Aunque parecía deshabitado, Pedro intuyó no estar solo. En efecto, detrás de él había alguien que lo miraba.

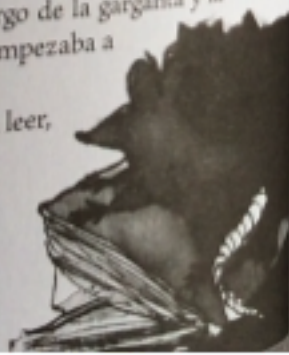
—¡Hola!— lo saludó una voz firme pero amable, asustándolo demasiado.

La escena era divertida: un niño, un viejo y un ratón observador.

—¿Qué te trae por aquí?

¿Cómo que qué me trae por aquí? ¿No me va a preguntar, acaso, cómo llegué a este lugar?, quiso decir Pedro que era solo valiente en el pensamiento, porque las palabras seguían amontonándose en fila india a lo largo de la garganta y la vela, todavía prendida en su mano, empezaba a bailar nuevamente.

—Me llamo Agustín, vengo aquí a leer,



a estudiar. Soy profesor de Matemáticas.

No puede ser. La mente infantil corría velozmente tratando de asegurarse que no estaba soñando.

Carraspeando balbuceó su nombre pero no le dio el ánimo para explicar más detalles. Sopló la vela porque los dedos habían empezado a pegotearse en ella. Cuando la dejó en el piso, tenía tallada la marca de su mano. Pedro miraba embelesado al hombre que transitaba entre los libros como el Mago de Oz.

—A ver Pedro. ¿Ocho por nueve?

Pedro recordó los fósforos y dijo seguro: *setenta y dos*.

—Gracias a los fósforos. ¿Verdad?

A Pedro la pieza empezó a darle vueltas y más vueltas. Los ojos se marearon viendo estrellitas de colores hasta que cayó un telón negro...

Cuando los volvió a abrir, ya no estaba en el mismo lugar. Acostado en un camastro, veía cerca una mesa y una silla. El hombre, de espaldas, cocinaba algo que olía rico.

Así se dio cuenta por primera vez qué hambre tenía. Pensó cuánto tiempo llevaba dentro de la casa. Esto también le recordó a su madre, por lo que tragó saliva de puro susto.

—Son las doce del mediodía— Dijo Agustín sin que nadie le preguntara. Voy a dejar de pensar porque todo lo adivina, meditaba el niño cerrando los ojos para prolongar el sueño que lo protegía de la realidad. Pero Agustín no estaba dispuesto a esperar y con mucha habilidad hizo saltar una

tortilla en el aire que cayó justo en el sartén de fierro negro, como atraída por un imán. Dio la vuelta hacia la mesa anunciando que el almuerzo estaba listo.

Pedro comía en silencio.

—Te comieron la lengua los ratones—. Al comentario, Mouse apenas levantó una oreja porque ya conocía el dicho.

—No me digas que llegaste por casualidad— la voz de Agustín insistía en tono grave, mucho más que la recordada en el saludo—. Además, supongo que irás al colegio. ¿Qué clase estás perdiendo?

—Matemáticas— balbuceó, atragantándose Pedro con el pan.

—La verruga de la Sra. Úrsula debe estar más grande aún con el enojo.

En los brazos del niño se erizaron los pelos uno por uno y todos a la vez. *Lo sabe todo, será Dios.*

—Te preocupa que sepa todo, pero no te asustes, no soy Dios—. Pedro sentía que se le aflojaban las piernas de nuevo.

—No te desmayes, escucha y verás que es más fácil de lo que parece.

Apenas comenzada la charla, Agustín tomó de la mano al niño y salió de la pieza.

—No soy profesor de Matemáticas ni adivino. Te escuché cuando entraste esta mañana. Pensé que no te atreverías a seguir pero tu coraje pudo más. Por eso creo que te has ganado conocer el secreto de la casa. No se lo cuentes a nadie. Ahora, quédate en este lugar.



Era un pasadizo secreto, Agustín desapareció por una puerta que Pedro apenas distinguió. No pasó mucho tiempo hasta escucharse la voz de un hombre nuevamente. El niño miró casi con angustia la ausencia sonora. *Nueve por ocho* le preguntaban y él apenas podía respirar... *Nueve por ocho* se escuchó más fuerte y otra vez más hasta que el niño dijo el *setenta y dos* esperado. Entonces, por la misma puerta que había desaparecido, volvió Agustín.

—No te escuché muy convencido —sonreía burlón—, ven, sigamos el recorrido.

Ambos la volvieron a pasar y entraron en una pieza más oscura donde había una vela parecida a la anterior.

—Aquí había una salita secreta de reuniones— la atención de Pedro ardía en sus mejillas.

—En esta casa vivía un profesor de verdad. Además de enseñar, era inventor, pero la gente lo creía un poco loco, por eso hacía sus experimentos donde nadie lo viera. Cuando la casa estaba habitada había luz en todos los lugares, pero ahora no. Tú entraste por el lugar donde él vivía con su señora y, sin querer, descubriste la puerta del cuadro. Caminaste por la zona secreta y yo, desde la cocina, podía escucharte. Igual como tú me escuchaste hace un rato. Las paredes están hechas así, a propósito, para saber quién anda por allí.

—¿Por qué no hay luz? ¿Por qué el inventor no está más? ¿Por qué la casa está abandonada? ¿Por qué...?— Las pre-

guntas de Pedro se empujaban tratando de ganar el primer lugar.

—A ver, amigo, de a poco, sigamos conversando en el paseo.

De la mano llegaron al pasadizo con forma de bóveda y Pedro pudo ver, a la luz de la vela y en buena compañía, que el lugar era chico, corto y que las imágenes no asustaban a nadie. Desde adentro, la puerta del cuadro podía distinguirse mejor. La abrieron, salió primero Agustín y recibió a Pedro en sus brazos.

—No hay luz porque hubo una explosión donde murió nuestro amigo y muy luego su mujer abandonó el lugar. Lo increíble es que, a pesar de todo, las paredes que dejan pasar los ruidos, resistieron el impacto. Además, dicen que la casa fue construida por este hombre.

—¿Y tú... usted?— tartamudeaba Pedro por querer saberlo todo.

—Yo no fui profesor, cuando chico no quería estudiar ni saber las tablas y ahora tengo que conformarme con cuidar este lugar y leer solo esos libros.

—¿Conoce a la Sra. Úrsula?

—Sí, ella ha sido muy buena conmigo y me ha enseñado matemáticas... a pesar de la verruga. Ella habla de ti y te quiere mucho, Pedro. Dice que eres un niño muy inteligente.

A Pedro se le llenó la cara de risa y por un segundo quiso correr de vuelta al colegio y darle las gracias a su profesora. Aunque enfrentarla de veras pudiera acobardarlo.

—Vamos Pedro, si nos apuramos llegarás a tu casa a la hora de almuerzo— recomendó Agustín.

—Pero si ya no tengo hambre, ya comí. Además debe ser muy tarde...

—Mira la hora, faltan diez minutos para la una... y tú sales del colegio diez minutos después de la una, o sea tienes veinte minutos para llegar a tu casa.

—Pero si caminé horas para llegar aquí...

—No, amigo, no fueron horas. Y para que lo compruebes, haz el camino de vuelta y mira tu reloj.

—No llevo reloj...

—Y no sabes la hora.

—¡Ni la quiero saber, no la necesito!

—Ahora quizás no, pero algún día... A lo mejor puedo enseñártela en alguno de los pasadizos de la casa...

—¡Sí!— El entusiasmo salió disparado al blanco.

—Trato hecho —dijo Agustín— Nos vemos el sábado. Ahora, ándate a la casa y a la tarde, a estudiar.

Ató sus cordones con un moño perfecto, resopló y con paso firme caminó de vuelta a casa. Como no podía, por fidelidad a Agustín, contar su aventura, nada pesó en su conciencia al contestar «bien», refiriéndose a cómo le había ido esa mañana.

En la tarde, la clase empezó sin sobresaltos. Manuel le hacía señas preguntonas que Pedro ignoró al tiempo que sacaba su cuaderno. Los dedos de la profesora lo sujeta-





ron fuerte del brazo haciéndole pasar al frente.

—A ver Pedro, cuéntenos, ¿Qué hizo esta mañana?

—Practiqué las tablas, señorita.

Los ojos de Manuel lo acusaban de traidor.

—¡De verdad!— insistió, mirando con la pupila derecha a la profesora y con la izquierda a su amigo. Manuel lo ignoró, fijando su atención en la ventana. Para allá fue la mirada de Pedro también. *Mouse*, comentó despacio, mientras el ratón pestañeaba contra el vidrio.

—¡Un ratón!— gritó Manuel.

El alboroto de los niños alejó un poco a *Mouse*. Igualmente no abandonó la escena. Pedro se acercó también al grupo y giró la manilla ante el estallido incrédulo de sus compañeros. De ceño fruncido, producto de la concentración, apuntó con su dedo índice para abajo y allí fue, obediente, ante montones de ojos sorprendidos, a parar el animal.

Pedro y su profesora estaban nuevamente cara a cara.

—Bien, si es así, ¿Cuánto es nueve por ocho?

—Con fósforos o sin ellos. ¡Setenta y dos!— dijo el niño con aire triunfante.

